



JUAN CARLOS
ARCE

LOS COLORES
DE LA GUERRA

Figueras, 1939. Los cuadros del Museo del Prado están a punto de desaparecer en los bombardeos de la guerra civil. El gobierno republicano, agonizante y sin recursos, tiene que adoptar una decisión dramática: elegir entre la evacuación de las obras de arte y la protección de las vidas.

La deserción de una enfermera republicana, entre los miles de fugitivos que cruzaron la frontera francesa, precisamente en el justo momento en que comienza el traslado de los cuadros, es el principio de una historia de amor y espionaje que lleva la intriga a diversas ciudades europeas.

Las obras de arte del Museo del Prado permanecían escondidas en depósitos subterráneos, amenazadas por la guerra, en un palmo de tierra de Cataluña. En una gesta histórica sin precedentes, el gobierno republicano evacuó las pinturas en el último minuto, salvándolas de una destrucción segura.

El destino que el gobierno de la República quiere dar a uno de los cuadros en el mercado clandestino del arte y el robo de una pintura de Velázquez componen el soporte argumental de una novela trazada con brillante imaginación y respeto a los hechos históricos.

Esta ficción, que da vida literaria a los verdaderos protagonistas de la evacuación del museo, nos permite un nuevo acercamiento a un conflicto del que seguimos siendo herederos.

Una novela que atrapa al lector desde la primera página.

JUAN CARLOS ARCE

LOS COLORES DE LA GUERRA

A José Ruibal, excelente dramaturgo,
amigo mío muy querido.
Por haber sido conmigo como fue.

Con mi agradecimiento y mi recuerdo
imborrable.

Reseña premio literario

Esta novela obtuvo el VII Premio de Novela Fernando Lara, concedido por el siguiente jurado:

José Manuel Lara Hernández, Luis María Ansón, Terenci Moix, Carlos Pujol, José Enrique Rosendo y Manuel Lombardero.

Preámbulo

Museo del Prado, Madrid.

7 de febrero del año pasado, poco antes de las ocho de la tarde.

La anciana llegó al comienzo de la tarde y se sentó en el banco estrecho de una sala del museo, frente a un pequeño óleo de Velázquez al que contemplaba fijamente, casi sin moverse. Unas horas después, poco antes de las ocho, una empleada del museo se acercó a decirle que era la hora del cierre. La encontró con los ojos abiertos, el bastón entre las manos, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y muerta.

La empleada declaró que, sobre las cinco de la tarde, había hablado unos minutos con ella. Recordó que, entre otras cosas, le dijo que había ido al Museo del Prado para ver aquel cuadro antes de morirse...

UNO

*Una curva estrecha en un camino del Ampurdán,
muy cerca de la frontera francesa.*

*Sábado, 28 de enero de 1939, pasada la medi-
anoche.*

Mala cuenta había hecho Antonio de los riesgos del viaje, si había echado alguna cuenta. Un espeso panorama de nubes inundaba con agua de diluvio la esquina donde se acaba España, bordes de miedo y lluvia era todo lo que había en el camino borrado por el barro. Después de andar Antonio seis días por el campo, buscándole a los montes sus curvas más oscuras, mediaba ya muy poca distancia para llegar a la última orilla de su tierra, a la difusa raya por donde España empieza el dibujo de su mapa. Muy cansado y empapado de agua y de tristeza, miró a su madre fugazmente y vio que sonreía, como si esa cabeza de anciana, por donde hacía mucho tiempo que la realidad ya no pasaba, pensara que iba de paseo en día de fiesta y no por desmontes, a campo abierto, poniéndose a la fuga. Se estremeció Antonio al pensar que toda la injusticia del mundo había ido a parar de golpe a aquella mujer de ochenta y ocho años que, sin embargo, todavía caminaba mejor que él, a quien las piernas casi no podían sostener.

Se detuvo entonces a un lado del sendero, con la absurda idea de descansar un poco, como si un hombre casi inválido pudiera recuperarse de una fatiga interior deteniéndose un momento. Entonces contempló al resto de los fugitivos, la mayor parte soldados heridos, algunos de los cuales no habían recibido aún ni la primera cura. Y vio allí casi un centenar de personas que en mitad de la noche eran perfiles de espectro, visiones de espanto, estantigua desalumbra-da. Madres sin aliento, con hijos en brazos, viejos comidos por la angustia, parecían estampa de espíritus en procesión y formaban la imagen de un cordel destrenzado de hombres y mujeres sucios, con vendajes deshechos por la lluvia, ocupando todos peligrosamente un camino que podía ser bombardeado, andando unos, arrastrando los pies otros, desfallecidos la mayor parte. Sabía Antonio que no podía quedarse allí parado más tiempo, bajó la mirada al suelo y continuó andando, ayudado por su madre, que le sostuvo el tiempo necesario para afianzar cuatro o cinco pasos en el lodo. A pesar del frío intenso, de la lluvia, del viento helado, de la corta movilidad de sus piernas y del cansancio, tenía que seguir adelante para llegar a la frontera entre los bordes de miedo y lluvia de un camino borrado por el barro.

Unos minutos antes, a las doce en punto de la noche, Alberto Araque se convertía en sombra según bajaba al sótano del castillo de San Fernando, sólida masa de piedra antigua con silueta de corona, en lo alto de una colina a las afueras de Figueras. Llevaba el soldado puesto en la cara el gesto de desagrado que a esa hora se le hacía cotidiano cuando cubría cada noche ese puesto de guardia para dar custodia y vigilancia a las obras de arte que se escondían en el sótano. Amontonados allí, sin más orden ni cuidado, los cuadros del Museo del Prado parecían descansar una fatiga de años, después de brincar de sitio en sitio desde que el gobierno los evacuó de Madrid.

Le venían a menudo a Alberto las ganas de que todas las pinturas depositadas en el castillo, apoyadas contra las paredes, unas encima de otras, desaparecieran para siempre por no ser asunto de guerra y le parecía que el interés de los políticos en esconder y guardar aquellos cuadros convertía a los soldados en ujieres de museo. Pero Alberto no sabía cómo habían llegado allí los lienzos ni cuánta valentía, ni cuánto arrojo, ni cuánto amor había hecho falta derramar en silencio por carreteras y caminos para que él pudiera ahora despreciarlos desde su puesto de guardia.

Alberto no había visto cómo descolgaron los cuadros una noche de noviembre hombres y mujeres que mezclaban con las obras de arte sus brazos y el sudor de su esfuerzo. En la penumbra del agujero subterráneo, entre paredes de colores olvidados, Alberto Araque sólo sabía que los bultos y las cajas que veía contenían las obras del Museo del Prado. Pero no se detuvo a considerar que centenares de hombres y mujeres completamente anónimos habían intervenido en el traslado de los cuadros por las tierras de España, poniendo las pinturas fuera del alcance de las bombas, lo más lejos posible del ruido de las batallas, salvándolas del fuego y de las balas. Los lienzos que ahora Alberto Araque contemplaba en el sótano del castillo, atados con alambre, en hules enrollados, embalados en cajas polvorientas, habían sido evacuados de Madrid antes de que las tropas de Franco orientaran su artillería hacia los muros y el techo del museo, habían cruzado el Jarama antes de que el puente cayera al río destrozado por obuses y morteros y habían sido escondidos en Valencia durante un tiempo, hasta que el frente llegó a Levante y amenazó con ahogar los cuadros y convertirlos en cenizas. Fue entonces cuando el gobierno republicano se refugió en Barcelona y ordenó un nuevo traslado de los cuadros. Las pinturas salieron de Valencia antes de que la pólvora y el espanto de la guerra llegara a las márgenes del Turia, atravesaron en decenas de camiones las carreteras hacia el norte y, mal pro-

tegidos del polvo, bajo el sol caliente de la costa, cubiertos escuetamente por telas negras, expuestos a la humedad, los cuadros volvieron a ser evacuados saltando en el interior de los vehículos de carga y astillando las puntas de los marcos.

Araque no sabía cómo cruzaron así pueblos y aldeas, huyendo de la línea del frente, dejando en el aire olores a pintura antigua, ráfagas de historia, aromas de cultura. Atardecía cuando los cuadros llegaron un día a Sagunto y dibujaron en silueta sus aristas de madera y sus figuras contra el perfil clásico del teatro romano que contemplaba en ocres de ocaso la estampa terrible de un éxodo obligado, la imagen de un museo desmembrado puesto a rodar sobre carreteras peligrosas, a la fuga de los horrores de la guerra. Por la noche cruzaron Castellón, Benicasim, Oropesa, amontonados unos sobre otros, en el oscuro infinito de caminos bacheados. El castillo de Peñíscola puso fondo de piedra a los azules de Rubens, a los blancos de Zurbarán, a los colores todos que cada artista había pintado en aquellos lienzos que eran entonces más frágiles que nunca. Se destapaba de su tela cobertora un Murillo cuando la hilera de vehículos entró en Benicarló, al mediodía. De pie, en las aceras, hombres y mujeres aplaudían al ver pasar los cuadros sobre ruedas, miraban aquella caravana de arte y a un lado y a otro de las calles se asomaban chiquillos y ancianos a contemplar la evacuación de las obras.

En el sótano donde hacía guardia con desgana, Araque no sabía que en Benicarló retumbaron los motores mientras subían los camiones una calle en cuesta y que allí mismo el azar hizo que la esquina de un balcón bajo chocara con la caja en la que iba embalado el Dos de Mayo de Goya. El lienzo se desgarró por la parte superior, cayó al suelo enganchado todavía en los hierros del balcón, se rompió la tela pintada y le abrió dos agujeros. Sobre el asfalto de la acera se rasgaba el cuadro en el que Goya pintó la lucha anónima del pueblo madrileño contra los soldados egipcios

de Napoleón, los gestos convulsos de los mamelucos, la violencia de otra guerra española. Fue entonces cuando la madre de un miliciano de Benicarló le arrancó a su hijo la camisa y se acercó al lienzo roto con ella en la mano como si llevara una bandera, pidiendo a gritos que le dejaran coser el cuadro con aquella ropa. Agachada, con las rodillas en el suelo, ponía sobre la pintura la camisa y avisaba a las vecinas para que le llevaran hilo y agujas. Debajo del balcón, entre dos ruedas polvorientas, en mitad de la calle, un miliciano con el torso desnudo tensaba el óleo mientras su madre cortaba la camisa y cosía el trapo sobre las cabezas iracundas de los mamelucos que en el cuadro arqueaban sus sables en la batalla sin héroes que pintó Goya. Pero nadie pintó entonces en Benicarló la imagen plena de intensidad de una mujer que remendaba en la calle una obra de arte con la tela de la camisa de su hijo.

Así llegaron a Barcelona y después a Figueras los cuadros del Museo del Prado que Araque custodiaba esa noche en la que hizo con desgana el relevo nocturno. Ocupó el soldado su posición en el sótano del castillo, una gruta que se ahondaba en la tierra varios metros para formar un lugar espacioso con suelo de piedra ya muy gastada y paredes de ladrillo antiguo, como catacumba abandonada. Abovedaban el techo varias líneas de arcos planos que revelaban la estructura interior de una arquitectura casi medieval. Colgadas de alambres y cables de cordón trenzado, apenas cinco o seis bombillas de aspecto milenario amarilleaban el aire y componían la frágil lucería del subterráneo. Una escalera de madera, muy de otro tiempo, estrecha y frágil, apoyada en un muro, conducía a un tragaluz abierto al mismo nivel que el suelo del patio de armas.

Alberto no solía guardar formas militares cuando llegaba allí y tenía puesta en el oído toda su confianza para que no le encontraran tumbado los pocos oficiales que por allí bajaban. Había acomodado en un rincón sin luces un hatillo hecho con retales y papeles donde pasaba el tiempo de

guardia despreocupado de su obligación y mirando al techo, al abrigo de una ancha columna en donde ocultaba lo que unas veces era asiento y otras cama. No era ese el ajuar de más sorpresa ni el más oculto en el sótano, porque Alberto había hurtado de la cocina una tela amplísima que convirtió en hamaca cosiéndole dos trozos de cuero para atar a unos salientes de la pared.

Se separó de las cajas, dio la espalda a los bultos y a los embalajes de cartón y subió hasta el último peldaño de la escalera para mirar por el agujero abierto en la pared, puesto casi en el techo y que era como un ventanón de calabozo. Sabía que Teresa iría a verle esa noche y esperaba que, a través de la gatera, pudiese convencerla, por fin, después de tantos intentos, de la necesidad de escaparse juntos de allí, de salir corriendo un día y refugiarse en Francia. Alberto Araque preparó cuidadosamente las palabras que iba a decirle cuando ella se acercara al tragaluz. Aunque los dos ya habían hablado de ello otras veces, a Teresa no se le iba de la cabeza la sensación de que huir era peor que quedarse, por no sabía muy bien Alberto qué conceptos de dignidad y lealtad que a ella se le ponían en la boca cada vez que él le pedía una respuesta.

Apoyó su espalda en una columna que se asentaba entre dos sombras y desde allí contempló, como cada noche, apilados y puestos en montón, los cuadros del Museo del Prado, los cuadros que el gobierno había evacuado de Madrid dos años antes. Más de dos años llevaban ocultos y embalados por sótanos y excavaciones, torres y minas, grutas y bóvedas Tintoretos y Tizianos embozados, Goyas y Murillos envueltos, al abrigo de las bombas, como pinturas clandestinas, Velázquez y Dureros con la cara tapada, puestos en mudanza, como bultos de armería, mezclados con la munición, las banderas y las armas, moviéndose de sitio según el gobierno se movía por España, huyendo del frente de batalla.

Una vez más, como cada noche, pensó que no estaba haciendo labor de guerra. Soldados para un museo escondido, carabineros para dar guardia a unos cuadros bajo tierra le parecía a Alberto que era un gasto de hombres que podrían emplearse en las trincheras, dando tiros y ofreciendo resistencia al enemigo. Miró otra vez las cajas que contenían los cuadros y sintió que aquellas pinturas puestas a dormir y casi enterradas eran la estampa del fracaso del gobierno, que llevaba meses puesto en danza, como saltarín de feria y a la huida en una guerra que ya se había perdido. Con una sonrisa que era en realidad un leve gesto de tristeza, se preguntó qué iban a hacer los políticos con sus malditos cuadros cuando las tropas de Franco entraran en Figueras. Temió que unos cuantos soldados enemigos le pasaran a cuchillo allí mismo un día muy cercano y dejaran su camisa de carabinero empapada en sangre y su cuerpo muerto entre los absurdos embalajes que eran como la camisa de cartón que gastaban los cuadros del museo.

Asomó entonces la mirada al hueco del tragaluz y vio a Teresa al otro lado del patio. Según ella se acercaba al agujero por donde él la miraba, iba Teresa agrandando su figura hasta que su talla no cupo en el estrecho hueco del ventano. Situada ya a su lado, Alberto sólo veía sus zapatos. En el juego acostumbrado de cada noche, él sacó al aire sus manos y acarició los tobillos de Teresa para indicarle que estaba allí. Se agachó ella a mirarle y a través del agujero le extendió un puño cerrado para que él lo abriera.

—¿Qué me traes aquí?

—Un beso.

—Dame la otra mano.

—No, que me metes dentro.

—Si no cabes...

—Tengo que irme, Alberto. Salimos ahora mismo a los caminos para atender a los fugitivos que encontremos. Dicen que hay miles de personas subiendo a la frontera.

—Abandonando España, Teresa, para escapar del final de la guerra.

Ella sabía que esa última frase de Alberto era en realidad una pregunta, la terrible pregunta para la que no tenía respuesta todavía y se puso de pie.

—¿Lo has pensado ya, Teresa?

Sin esperar respuesta, Alberto le dijo con una punta de dureza, como si esa fuerza en la palabra pudiera mover las dudas de Teresa, que los días estaban acabándose, que la guerra había terminado aunque nadie se atreviera a declararlo todavía y que era preciso pasar a Francia antes de que fuera demasiado tarde. Con las frases que había estado preparando mientras la esperaba, Alberto intentó explicarle que aquel castillo era la sede del gobierno, un objetivo militar de capital importancia y que cuando llegaran allí las tropas rebeldes, ella y él iban a ser asesinados o puestos en la cárcel para siempre.

—Pero, Alberto, lo que me propones es... —se detuvo Teresa en ese punto sin acabar la frase—. ¿Quieres que me vaya atravesando campos, cruzando carreteras, como una desertora, para poner mi vida a salvo dejando atrás a tanta gente?

—Lo que yo quiero es que nos escapemos de la última batalla.

Ruido de camiones y humo de motores aparecieron en el patio.

—Ahí está mi grupo, Alberto. Tengo que irme ya —le dijo ella, dejando la conversación interrumpida.

Las manos de Alberto se quedaron así repentinamente deshabitadas porque, en vez de acariciar los tobillos de Teresa, apretaron aire, abrazaron nada, como si ella se hubiera desvanecido. Cerró los puños y volvió a mirar al interior del sótano. Vio allí las cajas que vigilaba, miró de nuevo sus manos apretadas y supo entonces con entera certeza que en todos los cuadros del Museo del Prado no había dibujada una forma más bella que los tobillos de Teresa.

Saltó desde lo alto de la escalera a un peldaño inferior y desde allí se dejó caer al suelo. Alberto se apoyó en la hamaca, se tumbó luego, despreocupado de su guardia y, mirando al techo, pensó en el modo de ganar la frontera de Francia en cuanto Teresa aceptara irse con él. Era el principal problema salir del castillo con ella sin ser sorprendidos ni cazados luego como desertores. Para ello, ideaba un plan audaz considerando todos los elementos que conocía sobre la seguridad en el interior y afuera del castillo y no supo encontrar una forma eficaz de asegurar la huida.

Una curva estrecha en un camino del Ampurdán, muy cerca de la frontera francesa, amparaba en la oscuridad de la noche a un centenar de fugitivos puestos en hilera y tomados por el miedo. Asomaron a ese senderuelo, repentinamente y sin aviso, las sombras de dos camiones y tres coches ligeros que pusieron en el aire un ruido de motores. Protegidos por lonas y redes, disimulados sus colores con pinturas oscuras, avanzaban en fila, con los faros apagados. Se detuvieron sobre el barro y al camino saltaron, con ademanes de soldado y gesto de piedad, un grupo de enfermeras que viajaban con la reducida escolta de seis fusileros. Organizaron bajo la lluvia, en poco más de tres minutos, el reparto de ropas de abrigo para los niños y los viejos, un puesto de curas y una tela impermeable sujeta con tres postes para albergar bajo techado las intervenciones médicas de más cuidado. Como si la llegada de esta ayuda inesperada hubiera desatado el dolor de todos, se oyeron entonces más que nunca las quejas de los soldados heridos, los llantos de los niños, los gritos de las mujeres, las lágrimas de los hombres más templados. En medio de la oscuridad prepararon, como surgido de la nada, un equipo de socorro y dispusieron agua limpia para lavar la carne enferma. Casi sin hablar entre ellas, iban todas desde los camiones a los bordes del camino, desde el barro a los heridos, de los niños al alcohol, de las gasas a los restos de metralla como si tuvieran aquellos movimientos ensayados